



Carmen Morquecho, 84 años
Tamara Quiñones, 19 años

Y tan contenta

No recuerdo el día con exactitud, lo que si recuerdo es que llovía como nunca y yo llegaba tarde como siempre.

Debían ser las seis, no había mucha gente en la calle, estaba nerviosa; en mis manos estaba a punto de caer la historia de una vida de sueños, esperanzas, lágrimas, amores, desamores... Y la correspondiente responsabilidad que eso acarreaba; una historia que ansiaba ver la luz, ser contada; un tesoro por descubrir, un universo nuevo que explorar.

Todo esto me producía una sensación de vértigo alimentada, a la vez, por una atracción hacia lo desconocido que me hacía preguntarme de manera constante si estaría a la altura.

A veces, este mundo tan absurdo, maravilloso, frustrante, contradictorio y absolutamente increíble sólo da cabida a aquellos que han llegado a la cima de la montaña, sin percatarse en aquellos que están subiendo la escarpada, como si su esfuerzo no tuviese el valor suficiente como para que centrásemos nuestra atención en ellos, que en realidad, somos todos nosotros; un mundo estresado, agobiado, que padece de ansiedad y está enfermo de apatía.

Carmen es una escaladora "de fondo", una de esas mujeres que no se rinde aunque sus zapatos desgastados por el tiempo y por el camino comiencen a romperse; un ser intenso que no te deja indiferente. Probablemente de haber nacido en el S. XIX, en Inglaterra, hubiera sido sufragista, si en su juventud hubiese vivido en Francia, el mayo del 68 escucharía su voz y que por haber nacido en la España de los años veinte le tocó ser una luchadora.

Luchadora como otras y otros, puede ser; pero este es su momento, esta es su voz, esta es su historia, y esta no es como la de otros ni otras, tiene un matiz clave, ella, Carmen Morquecho.

Pancorbo se encuentra al norte de Burgos, 60 Km. la separan de la bella San Sebastián; era paso obligado para aquel que quería llegar a Irún antes de que esta España nuestra creciera de manera imparable. Allí nació la protagonista de esta historia, Carmen, que desde muy niña hizo gala de una inteligencia aguda, un tanto sarcástica, y de un humor irónico que hoy nadie discute.

La sexta de diez hermanos, su condición de mujer y los constantes bombardeos que asediaban la España de la época frenaron sus altos vuelos impulsados por ideas libertinas de progreso. Fueron los cuentos, los libros de sus hermanos los que le enseñaron la palabra escrita de la que hoy es una devoradora. El hecho de no poder ir a la escuela, no poder estudiar enfermería, su vocación, mientras veía que sus hermanos salían adelante gracias a la ayuda de los frailes, le produce una gran tristeza que no expresa mediante palabras, pero si que reflejan sus ojos.



Recuerda la vida en el pueblo como una "vida preciosa" hasta que los odios, la violencia y los sonidos de cañones y fusiles la ensordecieron; "vino la guerra y vino el demonio, fue un veneno, se partió medio pueblo por la mitad"

Narrar ese momento de su vida, y hoy momento de la historia de este país, le invade el corazón de nostalgia, añorar lo que no pudo ser, los sueños frustrados, las esperanzas rotas.

Un tiempo en el que ni siquiera había maestros y en contraposición se tenían hijos por doquier.

"No teníamos nada, todo fue criminal, fue muy cruel. No se si fue el capital, o la iglesia o todos juntos, liaron una; el pobre no podía hacer nada."

"Aunque tuvieras mucha sesera, si no tenías dinero no hacías nada. No tenías, no podías".

Su temprana conciencia del mundo que la rodeaba hizo que le cogiera manía a la "partera" del pueblo, ya que sus buenas nuevas sobre el nacimiento de otro hermanito le producía un profundo pesar. "Me estorbaba todo, me cortaban las alas".

La enfermedad de su madre, un cáncer en la cara, la ató más aún a su pueblo y a su casa, mientras su corazón gritaba con la voz ya desgarrada, libertad. No obstante, era su madre y allí estuvo, a los pies de su cama curándola y apoyándola durante los tres años que duró la enfermedad, "tres años de agonía, de verse ya que se moría" . "Cuantas lágrimas he tenido que tragar para que no me viera llorar".

Hoy guarda un retrato suyo, una desgastada foto en blanco y negro enmarcada con un viejo cuadro del que cuelga un pequeña pluma roja: "mi madre era un poco rojilla, muy liberal"

Corrían los años 40 y España, con agonía, intentaba salir a flote, intentaba resurgir de sus cenizas; la construcción de carreteras fue fundamental para su desarrollo, a Carmen este hecho le cambió la vida. "Conocí a mi marido en una desviación, porque se estaba quedando la carretera muy chiquita y los camiones del norte de San Sebastián y de Bilbao eran ya enormes y rascaban las paredes".

Seis años más tarde se casaba con el encargado de la maquinaria, de negro (contra su voluntad) pero feliz. Una puerta se abría hacia el mundo más allá de las montañas de Pancorbo, con la inquietud y la despreocupación de una jovencita liberal que "quería cosas, que sabía lo que quería" viajó por toda España con un baúl, "en él llevaba todas mis cositas, lo que más apreciaba: mis ropas y todos mis papeles".

En cada pueblo estaba unos dos años, el tiempo que se tardase en terminar la presa o el canal; vivió en Puertollano, en Albacete, A Coruña y finalmente Madrid.

Unos años marcados por carretera y manta detrás de un marido que no siempre supo estar a la altura, "te dejas engañar porque te conviene". Durante este tiempo tuvo tres hijos, dos niñas y un niño, "he aguantado por mis hijos, los he querido horrores". Su objetivo era proporcionar a sus hijos todas las herramientas para que se abrieran camino, para que pudieran estudiar, prosperar...Lo consiguió.

Hoy tiene 5 nietos, tres chicas y dos chicos que al parecer no han heredado esa plumilla roja que acompaña la foto de su bisabuela.



Tiene miedo a hablar, a decir determinados nombres, sabe más de lo cuenta; con ella los silencios cobran vida. ¿Qué sucedió realmente en esta “Querida España” para que todavía hoy se tenga miedo? Habla de la República con la boca llena, de intelectuales que bajaban de San Sebastián los fines de semana, de una época de cultura, desarrollo y derechos para la mujer. “A mi padre le he visto tan feliz en la República, eran tan liberales; mi padre iba a misa, se vivía bien, cada uno hacia lo que quería”.

Ama la cultura, recita a Machado, a Neruda, a San Juan de la Cruz... Es un poco espiritual y muy creyente, su conocimiento de la religión y la literatura le hacen afirmar que “los santos también se enamoraban”. Habla, charla, comenta, critica sobre cualquier tema, de actualidad o no, siempre tiene algo que decir.

Temas públicos o personales, le da igual, el hogar, su marido, sus hijos, los valores, el gobierno, el poder, las obras sociales, los derechos, la religión o la educación. Le preocupa la juventud, dice que está muy desganada y la política le da igual. “Los que tenéis que cambiar el mundo sois los jóvenes, los viejos nada. Los jóvenes tenéis que ser revolucionarios, tenéis que cambiar el mundo”. No soporta los extremos, ni de izquierdas ni de derechas: “No me van ni unos ni otros, después de lo que pasé... Pero hay que ir a votar, no tengo ganas de nada y menos de pelear, pero no se puede quedar sin votar, puede venir otra guerra, otro dictador. También le inquieta la situación de la mujer y critica con dureza la actitud y el papel del hombre: “Antes los hombres nos han engañado más que ahora. No te puedes fiar de ninguno. Es todo falso, no te creas nada. Todo se ha callado, casi todos tienen una doble vida.” “La mujer debe darse un poco a valer, no venderse tan baratas”.

“La Virgen nos ha hecho mucho daño, en el sentido que las mujeres teníamos que ser igualadas a una virgen que a lo mejor nos lo han inventado o a lo mejor ha existido; todo, para mandar el hombre”.

Va a clase de historia, de nutrición, hace teatro...;Se apunta a todo! Es una mujer comprometida con la realidad social, una mujer que piensa, escribe, siente, actúa. Diplomática, coqueta, observadora y muy amable intenta ahora hacer todo aquello de lo que fue privada cuando era joven. “Las españolas han corrido mucho; de la nada no sale nada, han tenido dinero. A veces mis nietos me preguntan: ¿por qué no hiciste más abuela con todo lo que sabes? Porque no tenía dinero”

Me enseña la letra de una canción que le encanta, no deja de repetir su estribillo: “y tan contenta”. Parece una canción hecha a su medida; tienen la misma filosofía de vida, el mismo carácter, y la conclusión a la que llegan después de todo el camino recorrido es igual, “y tan contenta.” Un carácter que le ha ayudado a abrir muchas puertas cuando otras se le cerraban delante de sus narices, sin desfallecer nunca.

Ahora a los 84 años sólo espera no sufrir, la muerte dice no angustiarle: “Cuando mueres, descansas”